

Nuevas dinámicas de representación política: movimientos sociales, espacio público y redes de comunicación

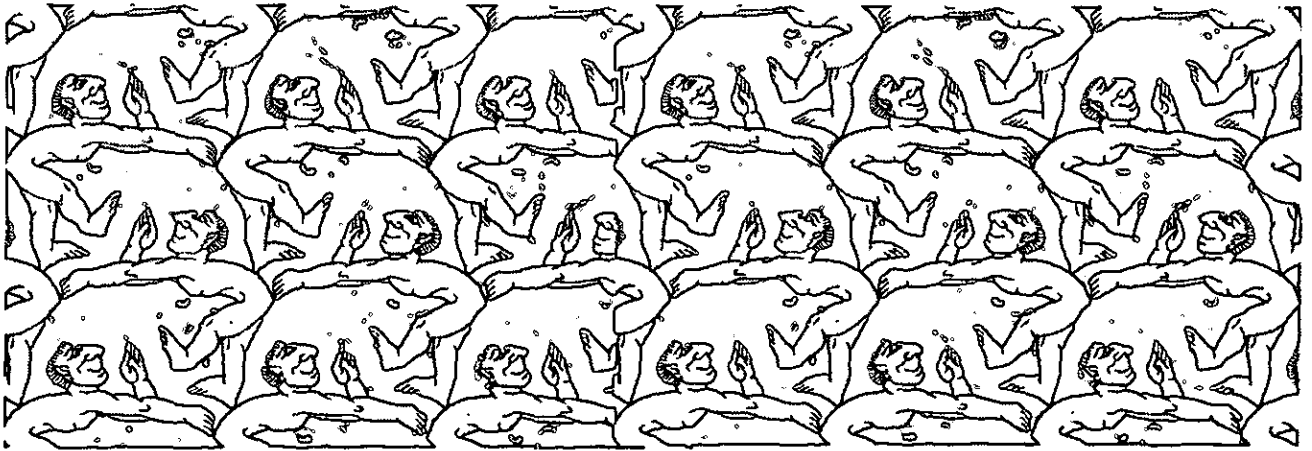
JORGE IVÁN BONILLA VÉLEZ
EUGENIA GARCÍA RAYA *



Este trabajo pretende realizar una reflexión sobre los descentramientos que sufre el espacio público contemporáneo y los modos tradicionales de representación política ante el surgimiento de nuevas agendas comunicativas y conflictos intersubjetivos que hoy reclaman un lugar decisivo en la reconstitución del tejido social contemporáneo. Su propósito es visualizar las incidencias de estos procesos en la conformación de lo «público—comunicativo» en sociedades que requieren de una práctica efectiva de la democracia.

Para lograr este objetivo, se proponen algunas claves de mirada sobre lo que *pierde* lo político y *gana* lo cultural frente a «nuevas» formas de representar lo social que conjugan lo político con lo expresivo y lo simbólico y, por tanto, ponen en escena a nuevos actores, temas, modalidades de acción y demandas de comunicación no representadas por la tradicional esfera institucional—política. Nuestra tesis central es afirmar que estas transformaciones en la representación social no significan, sin embargo, la sustitución de lo político ni la disolución de lo público en múltiples espacios desconectados entre sí, sin posibilidades de regulación mutua, sino la reconstitución de

* Este ensayo forma parte de la investigación *Espacio público y representaciones de conflicto en la prensa colombiana* que los autores realizan para optar al título de Magister en Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana. Este material fue presentado en el VIII Encuentro de Felafacs en el mes de octubre. (Cali-Colombia).



ambos escenarios en una fluctuación conflictiva de «redes de significación» mediante las cuales se expresa la interacción de la sociedad en la disputa por el reconocimiento y el acceso a espacios democráticos desde donde construir proyectos de identidad.

El trabajo acude a algunas experiencias de organización y movilización social para ilustrar que no es descabellado apostar por un espacio público donde lo comunicativo: a) implique tanto la construcción de esferas propias de simbolización—creación provenientes de las múltiples iniciativas conflictivas de los «microespacios» de la sociedad como la disputa por el reconocimiento en las «agendas» hegemónicas de comunicación; b) trascienda el mero intercambio de demandas individuales por parte de los públicos—espectadores y pase a contemplar el problema de las oportunidades y formas de participación de las diferentes «voces» de la sociedad en la gestión política y cultural.

Esta perspectiva de reflexión se ubica en la relación comunicación—cultura—política. Aquí se siguen aportes conceptuales como los planteados por Alain Touraine, Jürgen Habermas y Josetxo Beriain sobre movimientos sociales y dinámicas de conflicto en las sociedades modernas, así como propuestas de estudio en torno a la configuración conflictiva del campo cultural y su relación con la dimensión política y los espacios comunicativos de la democracia en América Latina como las

elaboradas por José Joaquín Brunner, Manuel Antonio Garretón, Norbert Lechner, Oscar Landi, Jesús Martín Barbero, Nelly Richard, Hugo Zemelman, entre otros.

I. Las caras de la luna

Descentramiento cultural y crisis de representación

Cada día adquiere más vigencia el grafiti que llenó algunos sitios de París en 1968: «La política pasa en la calle». Asistimos a un descentramiento en los modos tradicionales de «representación»¹ social y ciudadana que cuestiona, decididamente, al Estado, los partidos, las relaciones de producción y la situación de clase, advirtiéndoles que ya no son los únicos portadores del fundamento—raíz de la vida en sociedad ni los agentes privilegiados de la transformación social. Pues lo que está cambiando en esta época no es solamente nuestra relación con la política, los partidos o el Estado sino la propia reinterpretación de la democracia, las maneras de percibirnos a nosotros y a los otros, de pensar el sentido de lo público y el significado mismo de la vida colectiva.

¹ Para un análisis sugerente al respecto véase Josetxo Beriain, *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Barcelona: Anthropos, 1990.

Los paisajes que nos eran familiares se han movido de lugar. La representación política, entendida como las reglas de juego mediante las cuales unos actores políticos representan a unos sujetos sociales en procura del bienestar común, la cohesión social y el acceso a un futuro cargado de progreso, está en crisis². Los grandes partidos que sostenían regímenes socialistas en la mitad del mundo se derrumbaron, y los de la otra mitad han tenido que cambiar sus programas ideológicos de larga duración por estrategias de acción coyuntural. Muchos de ellos, o se enfrentan a pérdidas de credibilidad en su papel de intermediación social—como sucede en Italia, España, Francia, Grecia, México, Venezuela y Brasil, cuyos partidos gobernantes están envueltos en graves casos de corrupción—o representan cada vez a menos gente como así lo demuestra la creciente abstención y apatía en los recientes procesos electorales en Estados Unidos y Colombia.

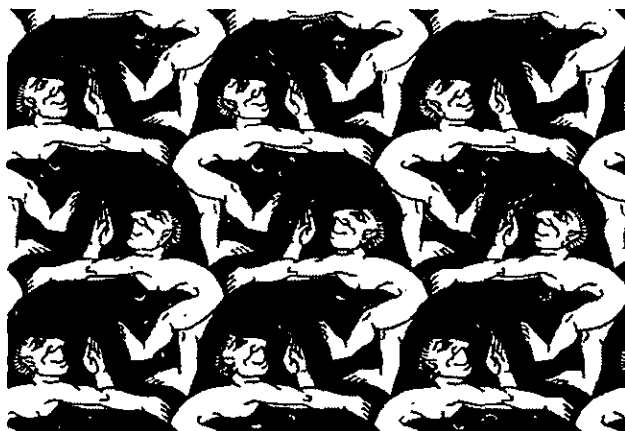
La tendencia en la conformación de los «cuadros» gobernantes también ha sufrido variaciones. Además del político «profesional», especialista en el manejo de la *cosa pública*, aparecen en puestos de máxima responsabilidad empresarios como Alberto Fujimori en Perú; dirigentes sindicales como Lech Wallesza en Polonia; dueños de imperios comunicativos como Silvio Berlusconi en Italia; intelectuales como Vaclav Havel en Checoslovaquia e, incluso, pastores de la Iglesia como Jean Bertrand Aristide en Haití, y personajes salidos del mundo del arte y la farándula como el cantante Ruben Blades, ex candidato a la presidencia de Panamá y el ex presidente norteamericano Ronald Reagan.

Se trata de nuevos actores de decisión que, a su vez, deben enfrentarse a un complejo proceso de

*massmediatización de la política*³. Esto es, a un protagonismo de las lógicas de producción y funcionamiento de los medios de comunicación y las industrias culturales del audiovisual en la construcción y tramitación del debate público contemporáneo a través de formas de expresión—representación que pactan con el simulacro y la teatralidad, la economía de palabras y la espectacularización, el paquete informativo y los tarjetones de color. Estas lógicas tornan lo político en un espacio comunicativo cada vez menos argumental y más sentimental, y en el que intermediarios tradicionales como los partidos ven reducido su papel.

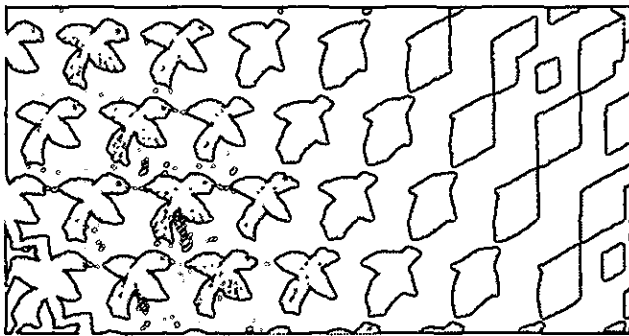
Los escenarios de poder, por su parte, se diseminan en una doble dirección: *lo transnacional*, que se expresa en la conformación de parlamentos y gobiernos internacionales (la Unión Europea, la ONU), sistemas intercontinentales de seguridad (la Interpol, el ejército europeo, los cascos azules), integraciones económicas y servicios de información mundial que no pasan tanto por la ocupación presencial de territorios como por la instauración

³ En este concepto coinciden algunos autores para referirse al papel protagonista de los medios de comunicación en la reconfiguración del discurso político y vida social contemporánea. Véase, por ejemplo a Jean-Marc Ferry, Dominique Wolton y otros. *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa, 1992. También a Héctor Schmucler & María Cristina Mata (coord.). *Comunicación y política. ¿Hay un lugar para la política en la cultura mediática?* Córdoba: Universidad de Córdoba, 1992.



² Véase a Alain Touraine, *El regreso del actor*. Buenos Aires: Eudeba, 1987.

de redes telemáticas y electromagnéticas de conocimiento, información y comunicación; y *lo local*, que alude a un «espíritu de tiempo»⁴ que acentúa lo próximo, lo cotidiano, lo vecinal, lo descentralizado y lo afectivo como «nuevos» modos de estar en relación y posibilitar sentidos de pertenencia e identidad. También el campo cultural se disemina. A este lado, la integración con lo que nos llega de muchas partes, volviéndonos *habitantes planetarios* sin salir de casa; al otro, la desafección por las virtudes públicas y los ámbitos de deliberación colectiva que, sobre todo en los conglomerados urbanos, nos invitan al encerramiento en lo privado y al elogio de lo íntimo.



El tradicional espacio público⁵, representado en los partidos políticos, el Parlamento nacional y la opinión pública, y entendido a la manera de las sociedades ilustradas de los siglos XVIII y XIX en tanto expresión racional de la «voluntad general», tampoco ofrece las mismas seguridades de antes. La sociedad lo desbordó. Como bien afirma el sociólogo francés Alain Touraine, «ya no existe ninguna representación dominante de la vida so-

cial. Las ideologías políticas, y particularmente nacionales, que definen al actor social ante todo como ciudadano y proclaman que el esfuerzo de la acción colectiva y la conquista del poder del Estado se imponen a la liberación personal, se derrumbaron y sólo provocan indiferencia y rechazo»⁶.

Movimientos sociales: nuevos actores

Antes se era de izquierdas o de derechas. Ahora se es ecologista, defensor de los derechos humanos, «militante» de juntas vecinales y locales, punkero, raperero, *new age*, *skinhead* o, simplemente, un desencantado. Asistimos a un «orden social» contemporáneo, convertido en un escenario de lucha conflictiva de intereses donde conviven y compiten diversas esferas de la vida y expresiones culturales que son el fruto de un complejo movimiento: por un lado, de cambios profundos en la estructura social (disminución y modificación de la clase obrera, complejización de la antigua estructura de clases, derrumbe del modelo socialista aplicado, emergencia de nuevas demandas sociales que rebasan el problema de la distribución económica) que repercuten notablemente en la diferenciación de los individuos y en la segmentación de las identidades colectivas; y por otro lado, de la consolidación de una *cultura de masas*, «baja en contenidos» pero no menos eficaz en sus funciones integrativas, que ha entrado a constituirse en componente fundamental de la vida política de hoy, «en la medida en que a través de ella se determinan imágenes del mundo y se encausa una modalidad en el universo simbólico que sirve para construir identidades y para alimentar la percepción de la realidad cotidiana»⁷.

⁴ Es lo que algunos denominan el retorno a una «sociedad de tribus» como la nueva posibilidad para la conformación de las identidades colectivas. Véase a Michel Maffesoli, *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria, 1990.

⁵ Sobre esta descomposición del espacio público tradicional véase, además del texto reseñado de Alain Touraine a Richard Sennett, *El declive del hombre público*. Barcelona: Península, 1978.

⁶ Touraine, Alain. *Op. Cit.*, p. 17.

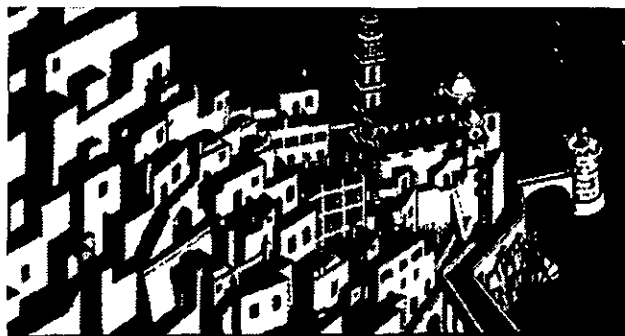
⁷ J. J. Brunner y otros, *Chile: Transformaciones culturales y modernidad*. Santiago de Chile: Flacso, 1989. p. 192. Sobre esta consolidación de una cultura de masas en la cotidianidad latinoamericana véase también a J. J. Brunner, *Un espejo*

Las consecuencias de estas rupturas en los modos de representación y en los actores sociales son contradictorias. Para muchos, el imperativo se torna en declararle la partida de defunción a lo político y en asumir la democracia como perímetro protector del individuo frente a los tentáculos de lo público. Son los miedos a la calle con sus maleantes, la desconfianza en lo estatal, político, partidista, la ausencia de proyectos de futuro, la disolución de las certezas para pensar y actuar en sociedad, lo que conduciría a las personas a recluirse en lo propio y desconocer lo de los otros, «transformando aquello en que se materializa el hecho colectivo en umbral de los peligros que acechan: la vida pública como algo indeseable»⁸. Es la libertad del *hommus economicus* la que entonces salta al escenario y, con ella, una noción de autonomía pensada como la coraza salvadora frente a la «totalidad» de la política, ese lugar plagado de desconfianzas con el cual sólo sería posible una pequeña reconciliación a la hora de *elegir*, es decir, de vivir la democracia como mercado de elección y de control.

A nuestro modo de ver, esta diferenciación y segmentación de las identidades colectivas no supone, sin embargo, una defunción de lo político. Si es cierto que la política pasa en la calle, lo que estamos afirmando no es la muerte de lo político sino la interpelación que este espacio sufre, tanto de demandas sociales no tenidas en cuenta por los modos tradicionales de «hacer» política, como de conflictos relacionados con lo que Habermas llama «las gramáticas de las formas de vida»⁹, esto es, con la reproducción cultural, la integración

social y la autonomía individual y colectiva que tienden a desplazar a la política de su ámbito estatal para llevarla hacia lo cotidiano, por un lado, y hacia la inclusión de nuevos actores sociales no representados o reprimidos por los partidos que representaron al marxismo clásico, por el otro¹⁰.

Se trata de una ampliación de las reivindicaciones «puramente» políticas –en torno a la toma de poder o la distribución económica–, que pasan a incluir las luchas concretas por el significado mismo de la vida y la transformación de *las grandes orientaciones culturales*¹¹ mediante las cuales una sociedad se produce a sí misma (los



referentes de identidad, la afirmación de la diferencia, el concepto de felicidad, las maneras de vivir la sexualidad, la autonomía, la justicia, etc), en cuyo centro estarían los *nuevos movimientos sociales*¹². Actores válidos que se caracterizan por

trizado. ensayos sobre cultura y política culturales. Santiago de Chile: Flacso, 1988. Y, por supuesto, a Jesús Martín Barbero, *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gili, 1987.

⁸ Hugo Zemelman, *La cultura y el poder*, en *América Latina, hoy*, Pablo González Casanova (coord.). México: Siglo XXI-ONU, 1990. p. 238.

⁹ Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*. (2 v.), II Madrid: Taurus, 1981. p. 555-556.

¹⁰ Este concepto de lo popular no representado y lo popular reprimido en el marxismo clásico están desarrollados en Jesús Martín Barbero, *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gili, 1987, p. 26-30.

¹¹ Este concepto de «orientaciones culturales» lo utiliza Touraine para referirse a la lucha siempre conflictiva entre sujetos, discursos, normatividades, gramáticas, clases sociales por instituir «constelaciones» culturales de significación que se transformen en prácticas sociales. Véase a Alain Touraine, *Op. Cit.*, p. 63-70.

¹² Esta perspectiva de nuevos movimientos sociales es trabajada retomando a Alain Touraine, Jürgen Habermas y Josebto Beriain. También Manuel Castells y Agnes Heller proporcionan buenas pistas al respecto. Bien sea como «nuevos movimientos

introducir lo expresivo y lo simbólico a lo político, apoyándose en lo que Beriain denomina «la desdiferenciación», es decir, la fusión de los roles privados con los públicos y de las conductas expresivas con las instrumentales¹³. Es precisamente esta fusión la que permite hablar de unos nuevos modos de actuar en los que la comunicación se convierte en práctica política y en ampliación del espacio público simbólico.

II. Poder político y cultura: «nuevos» conflictos, «nuevas» representaciones

La reconfiguración de las formas de representación social, de los actores de lo político y de los ámbitos de lo público supone tres desplazamientos importantes en la relación cultura—política y en los modos de ver los procesos sociales:

Primer desplazamiento

El conflicto que desborda lo político. Si antes los conflictos señalaban exclusivamente sujetos en abstracto (el partido, el pueblo, la masa, la clase) que buscaban acceder al poder para gobernar, la tendencia hoy es la emergencia de múltiples conflictos que articulan dimensiones con «rostro humano»: la mujer, el niño, el anciano, el negro, el indio, el homosexual, el trabajador de la calle, el indigente, el basuriégo, etc., en el marco de un espacio en tensión donde éstos y otros actores o grupos sociales interactúan en relaciones de dis-

crepancia u oposición respecto a una realidad social que busca redefinirse¹⁴.

De este modo, el conflicto: a) ingresa en espacios antes excluidos de la reflexión política por considerarse cuestiones de segundo orden como la vida privada, la familia, el barrio, la calle, las relaciones sexuales, de género, etc., con lo que el campo cultural se convierte en una dimensión decisiva en la vida diaria de la gente¹⁵; b) se seculariza—masifica, esto es, deja de estar bajo la tutela de realidades absolutas libres de contradicción para desplegarse por los intersticios de la vida cotidiana; c) desborda, al menos en la teoría, algunas visiones «conspiratorias» que lo ubican como lo que atenta contra la estabilidad del ORDEN y la UNIDAD, y lo desviado de la normatividad social, reducido a un acto marginal propio de «mentes malvadas» («los otros», los enemigos) que amenazan la armonía del resto de la sociedad («nosotros», los amigos).

Segundo desplazamiento

Lo cultural que recompone lo político. El desplazamiento de la política más allá del ámbito estatal para insertarse en lo cotidiano, conduce a asumir la cultura como un campo conflictivo de producción, circulación y regulación de sentidos en continuo debate y relacionados con procesos sociales. Es la cultura que define Nelly Richard como «el escenario de las mediaciones simbólico—institucionales donde [actores e instituciones]

sociales» (Touraine, Habermas, Beriain, Castells) o como «movimientos culturales» (Heller), lo que los identifica es la lucha por reconstituir la sociedad civil desde valores de autonomía e identidad que ponen en escena nuevos actores, nuevos temas de discusión y modos de acción política y cultural. Más adelante desarrollaremos este punto.

¹³ Josep Beriain, *Op. Cit.*, p. 197.

¹⁴ Esta definición acerca de qué entender por conflicto social integra elementos de la sociología y la filosofía política. Véase a Alain Touraine, *Op. Cit.* p. 157-168. También Miguel Angel Fisas realiza una buena sistematización de las perspectivas de análisis sobre la dimensión conflicto en *Introducción al estudio de la paz y los conflictos*. Barcelona: Lerna, 1987.

¹⁵ Un análisis sobre la relación conflicto-vida cotidiana y lo que significó además el régimen autoritario chileno en la redefinición de ambas dimensiones, puede verse en Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: Flacso, 1987. p. 20-65.

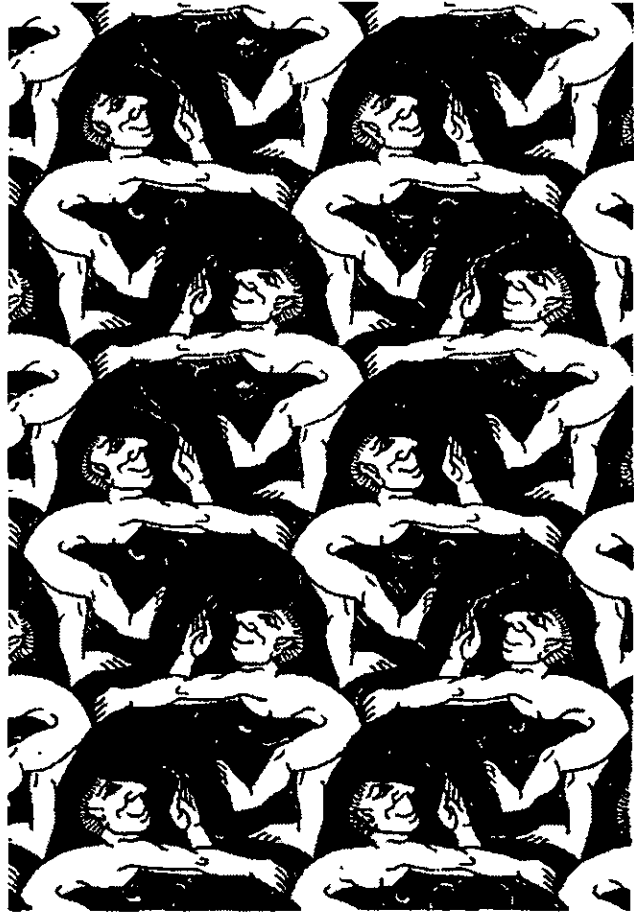
códigos e identidades disputan significatividades, valores y poderes»¹⁶, mediante los cuales se estructura la experiencia cotidiana de la gente y se otorga un «orden» para entender el mundo y entenderse con el mundo.

Se trata de una visión no mecánica de la cultura que cuestiona su papel de mero reflejo de realidades ya constituidas e invita a considerar la democracia como un tipo de sociedad no ajena a los conflictos sino reconocida como conflicto, es decir, como el escenario donde se representa y regula la lucha de intereses en torno a legitimidades e interpretaciones que disputan el consenso social¹⁷.

Tercer desplazamiento

El espacio público que se recompone. De estar identificado con lo institucional—político, el espacio público pasa a adquirir otras dimensiones. De un lado, pasa a configurar un escenario ampliado de mediaciones donde actores y discursos sociales producen e intercambian acuerdos, disensos, argumentos, sentimientos, miedos, esperanzas y pasiones sobre asuntos de la vida que renuevan la capacidad que tiene la sociedad de actuar sobre sí misma. En palabras de Jean-Marc Ferry, corresponde a un espacio públicamente abierto hacia esa «masa heterogénea de las opiniones de los individuos y los grupos, en los que se expresa la diversidad conflictiva de intereses parciales de la sociedad civil»¹⁸.

De otro lado, los alcances y las formas de representación de lo público cuentan cada vez más con la participación de los sistemas masivos de comunicación en la elaboración y socialización de la «agenda» que contiene los temas de interés co-



mún. Estos, con la televisión y la radio a la cabeza, se convierten en las actuales «plazas públicas» donde se procesan, representan, ritualizan, debaten y legitiman los asuntos que circulan en la sociedad, y llegan, incluso, a jugar papel muy importante en presencialidades e interpelaciones ciudadanas, sobre todo, en sociedades con carencias de escenarios democráticos donde sea factible la deliberación y negociación pública de los conflictos cotidianos. Es lo que Jesús Martín Barbero denomina un «movimiento de mediación sustitutiva» que implica considerar «la no representación en el discurso de la política y de la cultura de dimensiones claves de la vida y de los modos de sentir de las mayorías»²⁰ que sí pasarían

¹⁶ Nelly Richard, *Cultura política y democracia*, en *Revista de crítica cultural*, (5) p. 5

¹⁷ Tal es la concepción de democracia que desarrollan los planteamientos de Alain Touraine y Hugo Zermelman aquí reseñados.

¹⁸ Jean-Marc Ferry, *Las transformaciones de la publicidad política*, en *El nuevo espacio público*. Jean Marc-Ferry, Dominique Wolton y otros. Op. Cit. p. 17-18.

²⁰ Jesús Martín Barbero, *El tejido comunicativo de la democracia*, en *Comunicación y democracia*. Javier Esteinou (ed.). México: Conicco, 1992.

por la agenda comunicativa de las industrias culturales.

III. No todo es calle. No «todo vale»

Critica Touraine que «en la forma más pretenciosa el tema de la sociedad posmoderna llevó al límite la ruptura con todas las representaciones de la vida social. Ya no se podía hablar de sociedad, sino solamente de expresiones y estilos particulares».²¹ La dispersión del espacio público común equivaldría, según la «tolerancia» posmoderna, a su desaparición como fruto de la radicalización del «descentramiento de las cosmovisiones» y de la complejización de las opciones del individuo para pensar el mundo.

Sin embargo, queda claro que lo que está en juego con la aparición de nuevas formas de comprender lo político y de nuevos actores sociales que, al decir de Benjamín Arditi, «rebasan, eluden o desafían los esfuerzos desplegados por el buen orden para codificarlos y someterlos», no es la desaparición del espacio público de representación. Al contrario éste afirma sus posibilidades de ampliación mediante una articulación entre lo político y lo social, lo instrumental y lo simbólico, a través de continuos movimientos en los que lo comunicativo se convierte en espacio donde crear y debatir desde redes de significaciones sociales la construcción de proyectos colectivos. Proyectos que contemplan lo nomádico e informal pero también su dimensión política, es decir, «la cristalización institucional del poder a través del lenguaje, las normas, las semánticas, las pragmáticas, los mitos y los ritos»²².

Pero antes de desarrollar esta propuesta, consideremos que para entender la necesidad de un espacio público con consecuencias comunicativas en la articulación de un orden colectivo, es preciso comprender que: 1.- no todo lo que pasa en la calle niega lo político; 2.- el espacio público simbólico va más allá de la mediatización de la política; 3.- no todo lo que pasa en la calle se convierte por sí mismo en interpelación social; 4.- no todo lo que pasa en la calle implica una fragmentación sin relación:

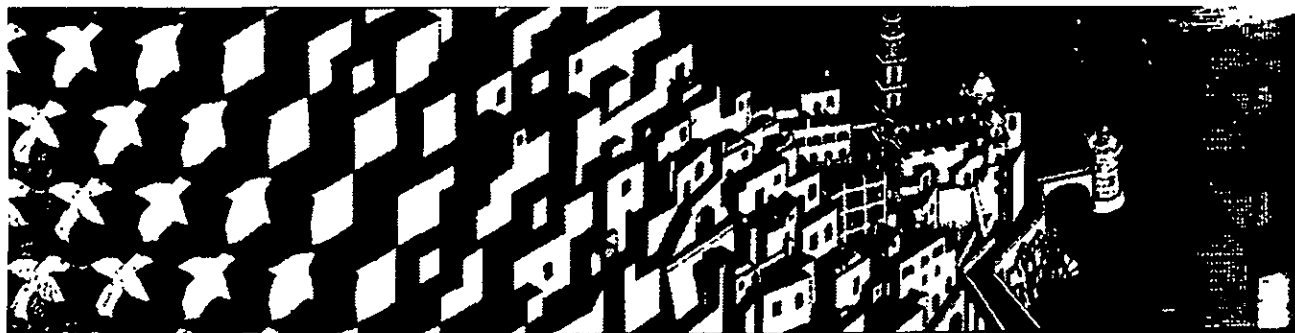
En primer lugar, aunque los movimientos sociales no pretendan ocupar las instituciones de poder político de una sociedad, su acción implica una relación con instituciones como el Estado, al menos para que éste sancione legalmente las transformaciones pedidas en la sociedad civil, o para actuar como grupos de presión. Los movimientos sociales contienen proyectos históricos, aunque sean parciales, y trascienden la cotidianidad de su acción social a través de sus propuestas.

Cuando se quiere negar la dimensión política de los movimientos sociales, se suelen utilizar los conceptos de «nuevos» conflictos y «nuevos» actores sociales como si los «viejos» hubiesen desaparecido por completo. Es evidente que existen temáticas transpartidistas que como el cuerpo, la salud, la sexualidad, la edad, la raza, entre otras, atraviesan diagonalmente lo tradicionalmente político, proponiendo otras formas de ser y de sentir no menos dignas, por demás. También valores como la autonomía, la identidad, la autogestión y la descentralización cruzan lo social, desbordando antiguos roles políticos (liberal/conservador, derecha/izquierda) y códigos económicos (rico/pobre)²³, en procura de reconstituir el sentido mismo de la vida colectiva. Sin embargo, no todo es novedad. Todavía persisten conflictos en torno a la distribución y a la vida material que no sólo no se han resuelto sino que, como es el caso latino-

²¹ Alain Touraine, *Op. Cit.*, p. 12.

²² Benjamín Arditi, *Una gramática posmoderna para pensar lo social. en Cultura política y democratización*. Norbert Lechner (ed.). Santiago de Chile: Flacso-Clacso, 1987. p. 182.

²³ Véase a Josetxo Beriain, *Op. Cit.* p. 194-200.



americano y de los países del Tercer Mundo, se han agravado en desigualdades sociales, cuya crítica y búsqueda de superación siguen siendo pertinentes y políticamente correctas.

El envenenamiento del planeta, que ha dado origen y desarrollo a una multiplicidad de movimientos sociales—ecológicos, es también consecuencia de la degradación de viejos conflictos alrededor de la noción misma de progreso que atenta con destruir las fuentes de la producción: el ser humano y la naturaleza. En otros casos, lo que cambia no son los conflictos sino las formas de expresarse o los actores sociales que participan en su dinámica y resolución (¿No tiene que ver acaso el «nuevo» feminismo con el movimiento de mujeres sufragistas de principios de siglo?). La persecución política, por ejemplo, entra hoy en la perspectiva de los derechos humanos y no en la lucha partidista. Los derechos ciudadanos, por su parte, dejan de nombrar sólo al conglomerado electoral para interpelar al conjunto de la sociedad en términos de definir políticas propias para llevarlas a cabo. Por tanto, no todo lo que ahora se denomina «social» niega lo tradicionalmente político sino que lo amplía y lo complejiza, generando nuevas articulaciones entre el restringido ámbito institucional y las intersubjetividades de la gente.

Como afirma Norbert Lechner, si lo político se ve con reticencias en sectores subordinados, también es visto así por sectores dominantes que defienden, junto a la disminución del Estado, reglas privatizadoras no sólo de lo económico, sino también de lo social y lo cultural. Llevar al extremo la

dispersión de lo político-público a lo social pueden terminar en consecuencias negativas. En palabras de Lechner, «la preocupación por la reconstrucción del tejido social responde, desde luego, a la herencia de unas dictaduras devastadoras, pero a la vez está influida por los planteamientos neoliberales»²⁴.

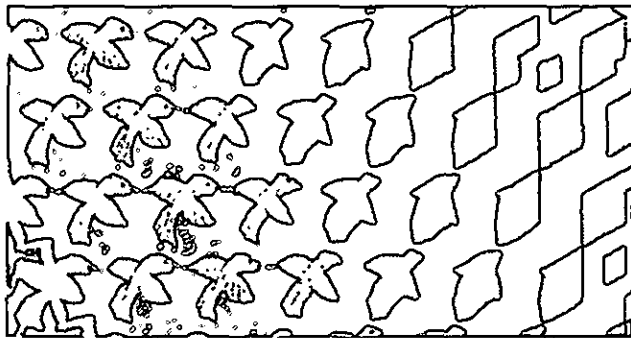
El protagonismo massmediático en la construcción de la «agenda» pública que legitima a los temas, actores y escenarios merecedores del interés social, también tiene sus límites. Ni la espectacularidad de la oferta audiovisual agota lo político ni lo público. Está restringida a la existencia de un «mercado de mensajes» que circula de un lado a otro y viceversa. Asimismo, la comunicación pública va más allá de conformar un «*ágora electrónica*» en la que los márgenes y conflictos de lo social son representados, parafraseando a Nelly Richard, por un pluralismo contemplativo, reducido a una feria de lemas que llama a las diferencias a coexistir pasivamente bajo la lógica desactivadora de la suma. Un espacio público no solamente alude a la emergencia de una información contemplativa sino a las visibilidades del conflicto, de modo que éste pueda expresarse «en competencia de lecturas que libere alternativas de sentidos»²⁵ y los actores sociales puedan

²⁴ A. Fisich, & N. Lechner, *Problemas de la democracia y de la política democrática en América Latina*, Citado por Arturo Fernández, *Movimientos sociales en América Latina*, Buenos Aires: R.E.I, Instituto de Estudios y Acción Social, 1992. p. 49.

²⁵ Para Nelly Richard sociedades que avanzan hacia una transición democrática después de haber vivido regímenes autoritarios

oponerse comunicativamente, es decir, reconociendo a su adversario.

Por otro lado, no hay que confundir a los sujetos sociales con los discursos sociales, aunque permanentemente están en relación. Los primeros se gestan y surgen desde todos los espacios de la sociedad, asumiendo formas diversas de personificación y representación, bien sea política o cultural, mientras que los discursos sociales (o maneras de expresión) son más controlados, seleccionados, distribuidos por procedimientos que están mediados, al decir de M. Foucault,²⁶ por relaciones de hegemonía que luchan por el consenso colectivo. De ahí que no todas las transformacio-



nes que ocurren en el campo cultural y en los sujetos que lo habitan se conviertan, por sí mismas, en discursos con capacidad de interpelación social. Para esto se requiere: a) la competencia de actores medianamente constituidos (movimientos ecológicos, femeninos, de derechos humanos, ligas de consumidores, asociaciones vecinales, agrupaciones de artistas, etc.) con disposición a proponer acciones colectivas dirigidas no sólo a resistir ideológicamente o a reivindicar los conflictos, sino a proveerlos de direccionalidad con

alternativas de transformación de las relaciones sociales y de las orientaciones culturales; b) espacios públicos comunicativos donde sea posible el reconocimiento de los diversos discursos sociales que buscan erigirse en hegemónicos o contrahegemónicos y, por tanto, en representantes de los intereses de la sociedad.

Por último, tampoco se puede confundir la valoración de las diferencias que articulan el campo cultural con la negación del orden colectivo. Ciertamente existen diferencias legítimas que, como las mencionadas, reclaman un espacio decisivo en el entramado de lo social, y que, en el caso latinoamericano, no resisten más ser negadas ni, mucho menos, exterminadas por la intolerancia de una (sin) «razón» política e ideológica que demuestra su miopía en la construcción de unas culturas políticas democráticas. Lo preocupante es que sin referentes colectivos el llamado a la diferencia puede convertirse en una exacerbación del conflicto por el conflicto y, más aún, en una carta blanca para legitimar la desigualdad social porque eso es lo «diferente»²⁷.

El no reconocimiento de la relación entre totalidad y diferencia, unidad y diversidad, advierte J. J. Brunner,²⁸ puede acabar en una desarticulación en la que las posibilidades de compartir una experiencia vital se descomponen en un «todo vale», aislado, desconectado y discontinuo, donde se llama a los conflictos a competir sin referentes institucionales comunes y universales, a retiros en guetos innegociables o a silenciarse porque se asocian con lo subversivo que atenta contra la normalidad social. Preocupación que también es válida para los movimientos sociales. Según Enzo Faletto, el peligro de ver a los movimientos sociales sólo desde la «especificidad diferenciadora» de

corren el riesgo, en aras de afianzar la tolerancia y la convivencia, de caer en un eclecticismo laxo del «todo vale», con lo que la consigna democratizadora acaba en un unanimismo contemplativo que neutraliza a los conflictos de su potencial de cambio. Véase a Nelly Richard, *Cultura política y democracia*. Op. Cit. p. 6.

²⁶ Michel Foucault, *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1970. p. 11.

²⁷ A este respecto, Norbert Lechner plantea una pregunta que está en el centro de la discusión: «¿Cómo distinguir las diversidades legítimas de las desigualdades ilegítimas?» Véase a Norbert Lechner, Op. Cit., p. 176 y ss.

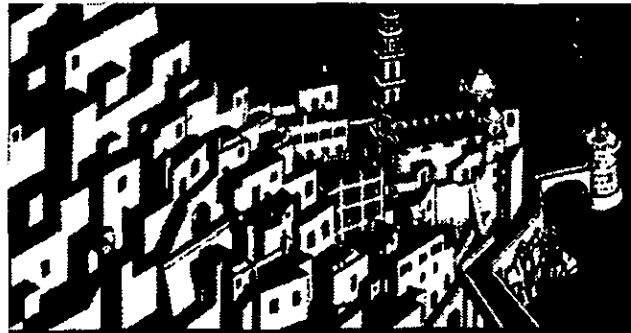
²⁸ J. J. Brunner, *Un espejo trizado*. Op. Cit., p. 15-42..

cada uno de ellos es que «tal sistema funcione como una tensión permanente entre una tendencia a la fragmentación corporativa y otra a la tecnocrática y burocrática». En este sentido, se corre el riesgo de «una reducción de la política a un confuso entrecruzamiento de conflictos, de negociaciones y de acuerdos que sólo tienen el rasgo de la inmediatez»²⁹.

En otros casos, la diferenciación se conjuga como fragmentación. Lo central en la propuesta de modelos de dirección social que, como el neoliberalismo, busca afianzar al *reino del mercado*³⁰ en tanto núcleo articulador de la democracia, desregulando al Estado en su tarea de distribución económica y, fundamentalmente, como lugar simbólico donde confluye la acción colectiva y conflictiva de la sociedad, es acudir a la fragmentación para neutralizar el espacio público común. Se torna así la democracia en un escenario para *públicos—espectadores*, a quienes les estaría permitido legítimamente, eso sí, elegir múltiples opciones provenientes del «mercado de mensajes», pero no participar ni intervenir en las políticas que trazan el sentido a los mensajes que circulan. En fin, una *democracia para espectadores*³¹, justificada por la ampliación de las clientelas del consumo de los bienes de cultura y la prestación funcional de servicios informacionales, pero que no cuestiona las posibilidades mismas de la participación, esto es, de la construcción de espacios de reconocimiento y de promoción colectiva.

En definitiva, si asumimos que las nuevas identidades no pasan por la tradicional representación política pero no niegan su dimensión política, y

que es necesaria esa «relación» entre las diferencias para comprender que lo público no se reduce a lo cotidiano aunque esto último sea también público, es fundamental preguntarse por las nuevas formas de representación política. Las palabras del chileno Manuel Antonio Garretón resumen bien esta preocupación: «en una sociedad que ha vivido un proceso de democratización política, pero en las que también se han producido otro tipo de transformaciones, principalmente culturales y, por esas razones, la política cambia su sentido, ¿cómo y a través de quiénes se van a expresar y representar las nuevas tensiones y conflictos sociales?»³².



IV. Espacio público: comunicación y movimientos sociales

Una respuesta a este interrogante puede estar en la acción comunicativa, en la experiencia simbólico—expresiva de los movimientos sociales, como propuesta de unión entre lo político y lo comunicativo, como reubicación o ampliación del espacio público. Lo que proponemos es asumir las posibilidades de encuentro entre actores y movimientos sociales con *redes comunicativas* interconectadas en el marco de un espacio público ampliado en intervenciones y, por lo mismo, en

²⁹ Enzo Faletto, *Movimientos sociales en la democracia*, en *Nueva Sociedad*, No. 91. Caracas, octubre 1987. p. 147.

³⁰ Una crítica a la noción de democracia entendida sólo desde la esfera del mercado puede apreciarse en los trabajos de J. J. Brunner, Norbert Lechner y Oscar Landi, aquí reseñados.

³¹ Noam Chomsky, *El éxito espectacular de la propaganda*. Ponencia presentada en el seminario *Desinformación y guerra del golfo*. Madrid, 1990. (mimeo).

³² Manuel Antonio Garretón *Consenso democrático y crisis de representación*, en *Revista de crítica cultural*, No 5. Santiago de Chile, noviembre 1992. p. 22



representaciones. Más que «tolerar» una infinidad de espacios públicos, se trataría de fomentar una pluralidad de redes y espacios de significación desde donde posibilitar sentidos, compartir vivencias y desde allí preguntarnos por su articulación a un orden colectivo. Relación que recrea lo político desde lo social y a la democracia desde lo concreto, con posibilidades de globalidad.

En este sentido, consideramos valiosa la mirada de J. J. Brunner sobre algunos procesos comunicativos que remiten a la acción de movimientos sociales. Este autor observa en estos procesos una doble dimensión³³: 1.- Conquista de espacios propios de simbolización-creación; 2.- representación en los espacios hegemónicos de comunicación.

³³ Tal es la propuesta comunicativa que se puede extraer de los planteamientos de J. J. Brunner. Véase a J. J. Brunner *Op. Cit.* p. 42-85.

En cuanto a lo primero, José Joaquín Brunner explica en *Un espejo trizado* que, ante la intención del régimen autoritario chileno de transformar las bases mismas de la sociedad, refundando un «nuevo orden» a través de cambios en los hábitos y rutinas de la gente, de la erosión del «nosotros» colectivo, la privatización de la existencia y generación de miedos contra «el otro», los sectores de oposición política y cultural se vieron obligados a conquistar lentamente espacios para la manifestación de sus propias actividades, fuera en el plano de la política, de la cultura o del pensamiento. Lo que se persigue por esta vía es «recrear redes de comunicación que inicialmente se presentan como alternativas a la comunicación controlada oficialmente, pero que luego penetran dentro de esta última y van abriendo brechas más o menos grandes en su interior»³⁴ en la búsqueda de un recuento con su expresión pública. Brunner afirma que la lucha por establecer un sentido común, una memoria colectiva y un proyecto, «es el movimiento de la sociedad en el proceso de producirse a sí misma bajo la forma de inagotables *juegos comunicativos*»³⁵.

En cuanto a lo segundo, si bien puede estar claro que es consustancial a los movimientos sociales la creación de espacios propios al margen de lo institucional, porque de ahí precisamente surgen como sujetos sociales, podría no estar tan claro que estos movimientos de la sociedad civil, que tienen como características la autonomía y el alejamiento de las instituciones y canales tradicionales de representación, tengan que «penetrar» en los espacios oficiales. Pero la representación en los espacios hegemónicos de comunicación no es un reto menor. Si como afirman algunos vivimos en una *ciudad virtual*, cuyas imágenes y percepciones son asociadas al protagonismo de los medios de comunicación, constituidos en los domi-

³⁴ *Ibid.* P. 73.

³⁵ *Ibid.* P. 46.

nantes del sentido «público» ciudadano,³⁶ o en una *ciudad telemática*, que alude a un «movimiento más global de remodelación de las formas de sociabilidad en una época de creciente complejidad urbana y notoria regulación tecnológica de la cotidianidad»,³⁷ allí también están en juego múltiples luchas por la apropiación de sentidos y la representación de las identidades que tejen el escenario democrático. Por tanto, es fundamental hacerse preguntas como ¿qué papel cumple el espacio público hegemónico en sociedades donde la privatización de la existencia y, sobre todo, de los conflictos es tan sobrecogedora? Si los medios de comunicación ganan en presencialidades y reconocimientos cotidianos frente a lo que otras esferas de la sociedad, como los partidos políticos, la familia, la escuela, la calle y la ciudad, pierden en representación, identificación y apropiación ciudadana, ¿cuál es el espacio público que allí se configura?

Se trataría entonces de reconstituir el espacio público democrático mediante «juegos comunicativos» que posibiliten acceder desde espacios propios a escenarios massmediáticos, pero también abrir estos escenarios, de modo que su democratización contemple el problema de las oportunidades y formas de expresión de las diferentes «voces» que participan en la sociedad³⁸ en torno a los asuntos necesarios de debatir y representar públicamente. Pues no sólo de públicos—espectadores conglomerados alrededor de unos cuantos «emisores» vive la democracia. Su acción es también regular redes de intercambios donde los individuos puedan intervenir en las disputas

por las orientaciones culturales y maneras de pensar en sociedad. Por tanto, continúa vigente la cuestión de democratizar el sistema comunicativo, de posibilitar el acceso a éste de los diferentes actores sociales y de contemplar los derechos a la producción y participación en la gestión cultural.

Como dice Brunner, «existe una conexión profunda entre el sistema político prevaleciente en una sociedad determinada y el régimen comunicativo que aquél en parte condiciona y al cual necesita para subsistir». En un sistema político que restringe la democracia, las modalidades de comunicación impuestas «procuran disminuir los umbrales por los cuales toda comunicación ingresa en el espacio público y adquiere, inevitablemente, dimensiones políticas. Lo que se busca es precisamente descargar el espacio público de su potencial explosivo de regulación, lo que reduce a la sociedad a una competencia entre demandas indivi-



³⁶ Véase, por ejemplo a Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo. p. 260 y ss.

³⁷ María Cristina Mata, *Entre la plaza y la platea*, en Héctor Schmucler & María Cristina Mata, (coord.). *Op. Cit.* p.67.

³⁸ Véase a Oscar Landi, *Campo cultural y democratización en Argentina*, en Néstor García Canclini (ed). *Políticas culturales en América Latina*. México: Grijalbo, 1987. p. 115 y ss.

duales»³⁹. Por tanto, sin representación en el sistema comunicacional oficial, los actores sociales y sus conflictos corren el riesgo de volverse invisibles, privados y, en suma, innegociables.

Lo que ocurre en Colombia con problemáticas que giran alrededor de «nuevas» identidades colectivas y maneras de asumir la autonomía individual que dan forma y rostro a conflictos sobre la despenalización del consumo de la dosis personal de droga, la legalización del aborto, la no humillación de la homosexualidad y de las diferencias de género o la libertad de cultos religiosos, son ejemplos para analizar cómo estos conflictos no logran su reconocimiento en la agenda pública de los discursos y espacios hegemónicos como instancias valaderas de debate, disenso y reciprocidad. Es cuando emergen las exclusiones y las manipulaciones que se sostienen en pesadas cargas ideológicas, morales y culturales que deslegitiman la tramitación pública de dichas controversias por considerarlas como indeseables, necesarias de ser solucionadas privadamente con el concurso de unos pocos. Provocan así erosiones en el espacio público comunicativo, que termina convirtiéndose en un escenario de controles y disciplinamientos que no admiten más disputas que las ya establecidas por las actas y los papeles firmados, con lo que se genera, en muchos casos, formas no institucionales de resolución de estas demandas y conflictos.

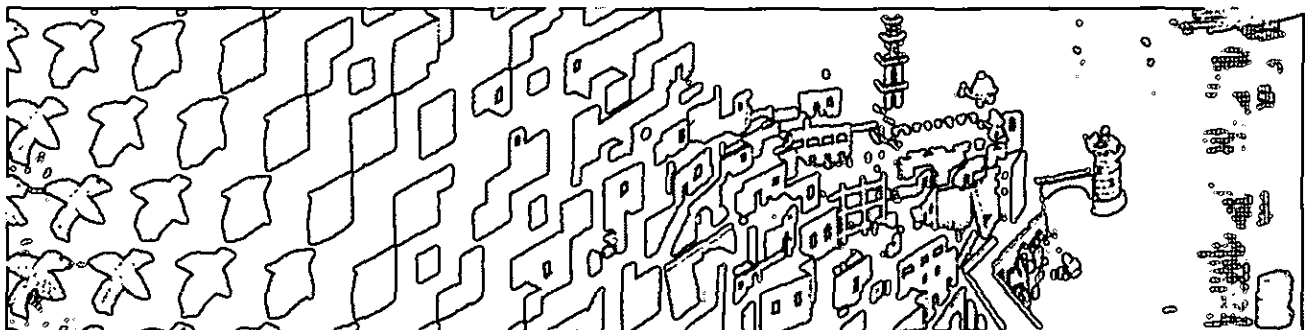
V. Redes comunicativas: una ampliación del espacio público

Este proceso comunicativo de doble dimensión en la creación de espacios propios y representación en los espacios hegemónicos, se cumple en las experiencias de expansión de diversos movimientos sociales:

La creación de los grupos ecológicos en España partió del «boca a boca»⁴⁰. Se trataba de pequeños grupos de gente que se movilizaba ante problemas locales y salían a la calle para hacerse ver, realizando actos simbólicos en los que llamaban la atención de los demás. Marginados por los grandes medios de comunicación, estas gentes crearon sus propios circuitos de interacción a través de los cuales se comunicaban entre ellos y compartían *su causa* con grupos de otras regiones del país y del mundo. A los interesados les llegaban revistas especializadas producidas de manera casera y, más tarde, las ondas de una emisora *pirata* que transmitía música e informaciones relacionadas con la cuestión ambiental. Así se fue creando una red comunicativa que se esparció por el país, de manera que allí donde había un problema, se acudía. Esa conciencia de red, de globalidad, permitió que el movimiento aumentara y penetrara en

³⁹ J. J. Brunner, *Op. Cit.* p. 71.

⁴⁰ Este ejemplo se basa en la experiencia de uno de los autores de este trabajo, Eugenia García, quien formó parte del movimiento ecológico español.



la agenda comunicativa «oficial». Cientos de personas encadenadas a las máquinas que pretenden talar un bosque no pueden ser marginadas de la actuación política cuando se multiplican hacia los lugares donde existe el mismo problema y cuentan con propuestas autónomas de participación. De este modo, el movimiento ecológico logró ingresar no sólo en los grandes medios sino en la agenda programática de los partidos, en el Parlamento y en los mismos planes económicos.

Otra experiencia en esta perspectiva es la que agrupa a cientos de recicladores de basuras en Colombia. Organizados en una red que reúne a unos 250.000 recicladores, distribuidos en 90 grupos y en 7 regionales, estas personas que viven del desecho y la basura han comenzado a dotar de dignidad un trabajo desvalorizado por el resto de la sociedad. Su lucha, afirma Silvio Ruiz⁴¹, uno de sus «representantes», es la de ser reconocidos como ciudadanos dignos que construyen sociedad a partir de su relación con la basura, pues es allí desde donde comienza diariamente la historia de estas gentes. Su conflicto por el reconocimiento es además una búsqueda de pertenencia y participación que incluye la articulación de formas solidarias de autogestión (creación de una cooperativa, una casa del reciclador con guardería y enfermería para los hijos de los trabajadores), pero también la búsqueda de espacios de concertación pública que van desde los «acuerdos» con las amas de casa, las asociaciones de residentes y sectores del comercio para ejercer libremente su trabajo de recicladores, hasta las instancias políticas de decisión con el fin de que se promuevan leyes y abran espacios de actuación que los reconozcan como ciudadanos, esto es, como sujetos con capacidad de formular proyectos de ciudad.

Son ejemplos que muestran como lo social penetra en lo político, acudiendo a la comunicación entendida como interacción y red. Así se enlaza lo que «pasa en la calle» y en los circuitos massmediáticos con la política. Se comprueba que es posible apostar por un espacio público desde el cual se cuestione el pesimismo de que «no hay nada que hacer» y se promuevan proyectos colectivos desde lo social sin olvidar lo político. Es precisamente en estos juegos en que se relacionan los movimientos sociales con la articulación de redes propias de comunicación que permean a las redes «oficiales», donde emerge el espacio público ampliado en tejidos sociales de participación.

Las «nuevas» formas de representación política y de expresión de los múltiples conflictos e identidades que atraviesan la sociedad, estarían entonces en la fluctuación e interacción entre las redes comunicativas provenientes de la iniciativa social y aquellos espacios establecidos en las redes «oficiales». Interacción que posibilita que la práctica comunicativa diaria se inserte en los sistemas de acción social. Tomando a Habermas, se pone en contacto el mundo subjetivo (mi mundo) con el mundo social (nuestro mundo) y el mundo objetivo (el mundo)⁴². Si el espacio público de la modernidad se basa en una «integración sistémica», en regularidades que son reglas de juego que están más allá de la voluntad de los sujetos, en conexiones funcionales entre representación política, Parlamentos, partidos, mercados, instituciones, el espacio público que la acción de los movimientos sociales recrea es, en consecuencia, de «integración social», de reglas constituidas o discutidas discursivamente en la acción significativa de los miembros. Se trata de vincular, como dice Habermas, las decisiones políticas en contextos concretos de formación de la identidad. Esa construcción de sentido desde un «espacio de expe-

⁴¹ Este ejemplo es tomado del panel *Nuevos actores y propuestas comunicativas en torno a la problemática urbana*, celebrado en el marco de la Cátedra Unesco de Comunicación Social. Santafé de Bogotá: Universidad Javeriana. 26 de mayo de 1994.

⁴² Jürgen Habermas, *Op. Cit.* p. 232- 289.

riencia» es lo que permite hablar de una identidad, de un nosotros, que se constituye en espacio donde debatir desde una red de significaciones sociales construidas participativamente, por tanto, en espacio de democracia (democracia entendida como escenario donde de debaten múltiples proyectos).

Con esto, es el papel y reformulación del Estado lo que salta al escenario, ya que el correlato entre espacio público democrático y redes comunicativas surge de la construcción de referentes simbólicos que arbitren y garanticen la «determinación social» sobre los asuntos públicos. Se debe pensar, en consecuencia, en la forma de asumir la pertinencia de una sociedad de redes comunicativas que trascienda aquel orden social gobernado exclusivamente por las leyes de un mercado que deja por fuera de la discusión valores fundamentales como los derechos humanos, el arraigo cultural y la pertenencia colectiva por no operar bajo la fórmula del *marketing*⁴³ y sus consignas de interpretación.

En definitiva, la ruptura del viejo espacio público de la política, apoyado en el sistema de partidos/ opinión pública no tiene que significar la conversión del espacio público en múltiples espacios independientes entre sí, sin posibilidades de reconocimiento mutuo, sino la posibilidad y el reto de que el espacio público se vea reconstituido en la relación entre actores y movimientos sociales-redes comunicativas interconectadas, relación que recrea lo político desde lo social y da lugar al espacio-como-democracia. Es evidente que esta institución de sentido propia de la fluctuación conflictiva entre lo político y lo cultural, lo micro y lo macro, las «redes» propias y las «redes» oficiales, conlleva un componente utópico que no niega, sino que al contrario es consustancial a la creación de los movimientos sociales en cuanto se

trata de una visión de lo posible, una reconceptualización de la realidad desde un(os) proyecto(s), y eso es lo que los movimientos sociales son.

En *Eudossia*, una de «las ciudades invisibles» de Italo Calvino, podemos encontrar algunas pistas para ilustrar esta democracia-red de la que hablamos. Allí «se conserva una alfombra en la que puedes conservar la verdadera forma de la ciudad. A primera vista nada parece semejar menos a Eudossia que el dibujo de la alfombra, ordenando figuras simétricas que repiten sus motivos a lo largo de líneas rectas y circulares, entretejida en hebras de colores esplendorosos, la alternancia de cuyas trampas puedes seguir a lo largo de toda la urdimbre. Pero si te detienes a observarla con atención, te convences de que a cada lugar de la alfombra corresponde un lugar de la ciudad y que todas las cosas contenidas en la ciudad están comprendidas en el dibujo, dispuestas según sus verdaderas relaciones que escapan a tu ojo distraído por el ir y venir del hormiguelo, del gentío. Toda la confusión de Eudossia, los rebuznos de los mulos, las manchas de negro del humo, el olor del pescado es lo que aparece en la perspectiva parcial que tú percibes; pero la alfombra prueba que hay un punto desde el cual la ciudad muestra sus verdaderas proporciones, el esquema geométrico implícito en cada uno de sus mínimos detalles. Perderse en Eudossia es fácil, pero cuando te concentras a mirar la alfombra reconoces la calle que buscabas en un hilo carmesí o índigo o amaranto que a través de una larga vuelta te hace entrar en un recinto de color púrpura que es tu verdadero punto de llegada. Cada habitante de Eudossia confronta con el orden inmóvil de la alfombra una imagen suya de la ciudad, una angustia suya, y cada uno puede encontrar escondida entre los arabescos una respuesta, el relato de su vida, las vueltas del destino»⁴⁴.

⁴³ Norbert Lechner, *Op. Cit.* p. 121 y ss.

⁴⁴ Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*. Barcelona: Península, 1985